EL OBRERO CRISTIANO
RECURSOS Y PROBLEMAS

Los elevados fines del trabajo cristiano, sus exigencias morales, la capacitación requerida, el ejemplo a mostrar y los constantes problemas que implica, lo sitúan inaccesible a quien desea ejecutarlo con una capacitación secular y con sus propios poderes y fuerzas.

Pablo, hombre de letras y erudito judío, confesó desarrollar su labor "con debilidad y mucho temor y temblor" (1 Corintios 2: 3). Básicamente esto es lo sano, pues libra de confiar en la propia capacidad, más podría inducir a la resistencia, al forcejeo con Dios (a Ej. Véase Éxodo 4; Jueces 6) y hasta la deserción del llamado que Dios haga; así que es de suma importancia que al unísono veamos las dificultades de la obra, las limitaciones del obrero, los problemas y los recursos que Dios provee. Sería inconsecuente que Dios llame a un débil humano a su servicio y no le provea cuanto sea menester. Policarpo de Esmirna supo captar esta realidad, y así esperó: "quien ha sido puesto por Dios para apacentar una iglesia, es objeto del cuidado de Jesucristo".

1. RECURSOS ESPIRITUALES COMO PROVISIÓN DE DIOS PARA SUS OBREROS

A. El Espíritu Santo.

Señalar al Espíritu de Dios como recurso puede aparecer irreverente y hasta herético. Y lo sería si llegáramos a pensar que se puede usar, manipular o programar al antojo, como si fuera una herramienta a libre disposición que obedece al son de: un, dos, tres. Tal juicio e idea y proceder sobre la persona del Espíritu Santo no está lejos de la que presentó Simón el mago (Hechos 8: 18-24). En realidad, no será el obrero el que usa al Espíritu Santo, sino el Espíritu quien usará al obrero.

La obra del Espíritu Santo como provisión de Dios para la obra del ministerio es grandiosa. Jesús estaba al cabo, y muy bien, de la imposibilidad de que sus obreros logran llevar a buen término su obra sin Él (Juan 15: 5). Por eso, y ante la inminente ausencia física, les prometió el Paracleto; el verdadero y único vicario de Cristo en Su iglesia (Juan 14: 23-26; 15:26-27; 16: 7-15).

En efecto, por la acción del Espíritu Santo serían guiados en el conocimiento de la verdad (Juan 16: 13); recibirían poder especial para liberar de la tiranía del pecado (Romanos 8: 1-99); e inspirador testimonio de Jesucristo (Hechos 1: 8).

El apoyo del Espíritu Santo proporciona sabiduría, actos santos, firmeza en situaciones difíciles (Mateo 10: 19-20); capacidad para anunciar el evangelio (Hechos 2: 6-10; 8: 29-55). Es el Espíritu quien acrecienta y fortalece a la Iglesia (Hechos 9: 31); da orientación necesaria en los momento de perplejidad e indecisión o frente a

problemas doctrinales que amenacen la unidad de la iglesia (Hechos 10: 19; 15); propone la estrategia misionera (Hechos 13: 2-6; 16: 6-8); enriquece a la iglesia con los dones que, reconocidos y bien usados impulsan su desarrollo (1 Corintios 12: 14-20).

La sincera comprensión y aceptación de la obra del Espíritu Santo librará de tensiones y ansiedades. Lo que el obrero no puede hacer, depositado al Espíritu Santo lo hará en sus justas proporciones. Habrá desasosiego, en todas direcciones, cuando el obrero vuelca a sus espaldas la carga de una responsabilidad que corresponde al Señor por obra del Espíritu Santo. La ganancia está cuando el obrero acepta ser dirigido y no el dirigente del Espíritu; y que Él, no solo está presente sino que es el "Presidente de la Iglesia".

B. Las Sagradas Escrituras.

Es el sagrado depósito de Revelación de Dios a los seres humanos. La Sagrada Escritura es fuente inagotable de enseñanza; a través de sus páginas Dios sigue hablando. Mediante Ella el Espíritu Santo robustece, amonesta, humilla, alienta, santifica, guía y capacita para cumplir toda comisión divina.

En las amplias orientaciones consignadas por Pablo a los pastores, como Timoteo, hace hincapié en el supremo valor de la Sagrada Escritura; la cual por ser de inspiración celestial es: "útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra" (2 Timoteo 3: 16-17).

Por el Estudio de la Palabra, el obrero excava en el conocimiento de Dios. Así, Sus atributos se hacen majestuosos, y a pesar de que jamás se comprendan en toda su infinitud, maravillan. Su santidad que anonada (Isaías. 6: 1-5), contemplada a través de Cristo, transforma (2 Corintios 3: 18; 4: 6); Su justicia condena, pero en Cristo se convierte en justificación (Romanos 3: 23-24). Su amor cautiva (2 Corintios 5: 14-15; 1 Juan 4: 19), Su sabiduría y lo admirable de sus propósitos mueven a la adoración y entrega personal (Romanos 11: 33-36). El destino individual de la Iglesia y del mundo, están en su mano, y en Ella está la voz del Todo-poderoso: "no temas" (Apocalipsis 1: 17).

Al lado de lo anterior, por la Sagrada Escritura, aumenta el conocimiento del propio obrero; su luz saca a luz lo que realmente se es. Muy pronto descubre en su propio ser los terribles efectos de la caída. Fácilmente se percata de la malignidad del propio egoísmo, del personal orgullo, del terrible antagonismo humano hacia Dios; de la inclinación humana al mal, unas veces en forma de impulsos primarios desordenados, otras en forma de pecados sutiles mezclados incluso con piadosos deseos. Así mismo, al enfrentar la personal condición moral, la Palabra de Dios va eliminando toda pretensión paliatoria, desarropa los méritos propios, deja a solas con la nefasta miseria y la propia impotencia. En últimas, sin esfuerzos llega a "tenerse entre ojos a sí mismo"; fácilmente aparece el sentimiento expresado por Pablo en el libro de romanos capítulo siete, y se hace para sí (versículo 24) su especial exclamación preñada de angustia: "¡mi-

serable de mí! ¿Quién me libertará de la esclavitud de esta mortal naturaleza pecadora?"

Sin embargo, todo este vivir deprimente llega a ser imperiosamente positivo ya que sitúa al obrero en el plano adecuado para recibir la ayuda y riquezas insondables de la gracia de Dios.

En las riquezas de la gracia de Dios, el obrero aprende que Dios lo acepta no por lo que es, sino a pesar de lo que es; que ha sido llamado y usado a pesar de las horribles flaquezas. Sorprende que un varón humillado, abofeteado por Satanás, aguijoneado sin tregua, perseguido y criticado sin contemplación, y sumido en frecuente debilidad, pudo ser el más grande de los "enviados" porque el Señor le dijo: "bástate mi gracia" (2 Corintios 12: 7-9), ¡y así lo creyó! Qué aliento cuando el obrero descubre que su indignidad no descalifica, sino que anima ser santo.

El obrero de Cristo, como los antiguos patriarcas, vive "mirándolo de lejos, creyéndolo y saludándolo" y confiesa que es "extranjero y peregrino de la tierra (Hebreros 11: 13), bajo el signo de debilidad y humillación pero guiado y sostenido por Dios. Entonces: "Se paciente con todos, pero sobre todo contigo mismo" (F. de sales). Recuerda que el día de la perfección, a imagen de Cristo, está en el futuro, pertenece al momento de la parusía del Señor (Filipenses 3: 20-21; 1 Juan 3:2). Pablo se veía a si mismo y a sus colaboradores, como incorporados al cortejo triunfal del más grande de los vencedores de toda la historia humana: Jesucristo (2 Corintios 2:14). De modo que aún en las circunstancias más adversas, el obrero de Cristo, es "más que un vencedor" (Romanos 8: 28-37).

¡Nada escapa al control de Señor! Las experiencias más duras el obrero: las del fracaso, la derrota y las caídas, están incluidas en los planes de Dios. Aún lo que no procede directamente de Él: los errores y pecados del obrero, son permitidos por Él con propósito positivo. Lo que se dice a los creyentes en general: "Además, sabemos que si amamos a Dios y nos adaptamos a sus planes, todo cuanto nos sucede ha de ser para el bien nuestro..." (Romanos 8: 28), no puede ser menos cierto para quienes Dios ha llamado especialmente a su servicio. Él lo animará a ejercer y aquilatar la fe cuando se debate en medio de las dificultades.

De otro lado, las enseñanzas de las Sagradas Escrituras y las experiencias que Dios permita, capacitan a su obrero para comprender los problemas de sus semejantes, para hacerlo más paciente, más tolerante –sin concesiones imposibles-, más sufrido; con visión objetiva del mundo y con la grandiosa perspectiva de la soberanía y de la gracia de Dios.

Por todo lo dicho, se colige que el ministro debe dar preferencia absoluta al estudio de las Sagradas Escrituras y a la recta formación y asimilación de la Palabra, que debe ser sin hipérboles (exageraciones excesivas) y como cuestión real de vida o muerte.

Cualquier forma de ministerio espiritual tiene como principal objetivo comunicar la Revelación de Dios mediante sus Sagradas Escrituras; pero esa comunicación será nula y nada fructífera, si primeramente no ha alcanzado y es vivencia al obrero con efectividad.

Quien desee hablar de "YO SOY" al mundo, antes debe oírlo, pues el fracaso de los "pastores gobernantes de Judá se debió a que no se sintonizaron con la voz de Dios, sino con sus personales pensamientos. Jeremías en 23: 8 preguntó: ¿Quién estuvo atento a su palabra y oyó? En contraparte, el éxito de Samuel y otros, es resultado de quienes siempre saben decir: "habla Señor, que tu siervo oye" (1 Samuel 3:10).

C. La oración.

Este recurso es incuestionable. Jesús mismo asumió retirarse para "hablar" con su padre. De ello recibió las fuerzas para acabar con éxito su obra en la tierra. Es así como la recomendó a sus discípulos, los instruyó cómo hacerlo y dio promesas magníficas que aseguran respuesta (Mateo 7: 7-11; Lucas 11: 5-13; Juan 14: 13-14 y 15: 7-16). Los "doce" aceptaron, y por tanto se desprendieron de algunas actividades para poder dedicarse a la oración y al ministerio de la Palabra (Hechos 6: 4). Desde el momento mismo de la conversión la obra de Pablo está empapada de oración (Hechos 9: 11; 16: 25; Romanos 1: 9-10; Filipenses 1: 3-4; Colosenses 1: 3, Entre muchas otras citas). Al ancho y largo de la de la historia en Dios, grandes hombres testifican que han dado a la oración lugar preponderante.

Infortunadamente esta experiencia no es la más generalizada entre los obreros del evangelio; cuesta hallar el tiempo y una concentración adecuada; resulta más fácil realizar cualquier otra actividad, y esto aún, reconociendo las excelencias de la oración. Esta incoherencia parece tener su origen al pensar que la oración es una práctica religiosa desligada de su contexto o de la rutina diaria.

Empeñarse en orar un tiempo sin interrupción puede llevar al desánimo y el fracaso; pero sí se sitúa la práctica de la oración en la que se alterne la lectura de las Sagradas Escrituras, la meditación, la adoración, el canto, el silencio y el ruego, será algo espontáneo, deleitoso y confortante. Ahora bien, este modo de orar exige tiempo, es incompatible con la prisa; además, exige disciplina, orden, relajación y quietud de espíritu para que sea provechoso el tiempo dedicado a la comunicación con Dios.

El hábito de orar es el vehículo del obrero para entregar a Dios su alabanza, los problemas, las perplejidades, las necesidades; solicitar sabiduría para tomar decisiones, clamor en demanda de auxilio, súplicas intercesoras en favor de la iglesia. Transferir al Señor las cargas del corazón hace descansar. Todo quedará en sus manos y él hará y responderá en la línea que es, y muchas veces en la forma y en la abundancia que no esperamos o que no entendemos (Efesios 3: 20).

Orando y escuchando a Dios los pensamientos se enriquecen, los sentimientos se equilibran, la voluntad personal opta por la santidad y la obediencia al Señor. Cierto es que el obrero, en su vida y actividades, puede prescindir de muchas cosas pero no de la oración. Es necesario cultivar la oración diligentemente.

D. El servicio.

Muchos de los obreros gobernantes creen que dedicar tiempo a servir debilita el ministerio y que es una contradicción al estatus y autoridad que Dios ha dado al "ministro del evangelio." Más aunque ciertamente fatiga, el servir desde cualquier punto y necesidad estimula en gran manera, iguala con los demás, y está siguiendo el ejemplo del Señor Jesús, quien no vino a ser servido sino a servir sin disminuir un ápice al valor de la oración y al equilibrio y fama del ministerio.

La actividad no debe generar en activismo (dar primacía a la acción). Por ningún motivo debe de robar el tiempo necesario para la comunión con Dios. El total servicio y estudio continuo sin restricciones, pueden ser causa de debilitamiento; aquí es necesario combinar esfuerzo con asueto.[1] Debe ir de la mano: la comunión con Dios, el descanso, la práctica de algún deporte o el disfrute de distracciones sanas.

E. La comunión con los Santos.

El ser humano es sociable por creación (Génesis 2: 18). Obviamente, el obrero cristiano no es una excepción, necesita del calor humano. En la comunión con todos los hermanos sufrirá algunas veces, se presentarán decepciones y es posible que reciba golpes bajos (2 Timoteo 1:15; 4: 10, 14-16); aunque también recibirá abundante compensación con la lealtad, fidelidad y amor ejemplar de muchos otros colaboradores (Romanos 16: 4, 7, 13, 23; Filipenses 2: 19-30; 2 Timoteo 1: 16-18; 4: 11).

El colaborador de Dios es un ayudador de muchos, pero también precisa de ser apoyado por quienes tengan la capacidad, la simpatía y la discreción adecuada. Es sabido lo difícil de hallar la persona o personas auténticamente amigas, leales, fieles (2 Timoteo 2: 2; Tito 2: 10), que en ruego y súplica a Dios levanten al obrero en oración para ayudarlo y sí fuere necesario corrija lo que debe corregirse delante de Dios para beneficio de toda la iglesia.

Moisés, lo halló en Josué; Elías, en Eliseo; Jeremías, en Baruc; Bernabé, en Pablo; Pablo, en Timoteo. Despierta la atención que Jesús enviara a predicar el evangelio emparejados (Lucas 10: 1). Al respecto Eclesiastés 4: 9-11 dice: "mejor es dos que uno, porque tiene mejor paga de su trabajo; porque si cayeren, el uno levantará a su compañero; pero ¡ah del solo! Cuando cayere no habrá segundo que lo levante."

---

[1] *"Cuando los apóstoles regresaron del viaje y terminaron de contarle a Jesús lo que habían hecho y enseñado, era tanto el gentío que entraba y salía que apenas les quedaba tiempo para comer. Jesús tuvo que decirles: Apartémonos del gentío para que puedan descansar. Deben estar extenuados..." (Marcos 6: 30-32).*

Muchas veces el compañero ideal es el cónyuge; porque sólo con una conciencia clara de las debilidades, errores y pecados se puede valorar las riquezas y fortalezas del que la gracia maravillosa de Dios ha llamado a su servicio.

En resumen, los recursos provistos por Dios deben aplicarse diligentemente; aun así, sépase que no siempre se dará grito de victoria. El servicio ministerial tiene sus luces y sus sombras, sus lágrimas y decepciones; los ensalzamientos y humillaciones. Grau, tras su largo ministerio cristiano, escribió: "con todos mis desalientos y mi desesperanza pecaminosa, en mis mejores momentos no puedo pensar en otra obra mayúscula que ésta. Si tuviera mil vidas, a ella, aun así, dedicaría gustosamente las mil".

2. LOS PROBLEMAS QUE ENFRENTA EL OBRERO

Para el obrero dirigente, además de las dificultades que enfrenta como cualquier creyente, le asechan los peligros inherentes que constantemente amenazan el ministerio. Pasarlos exitosamente es mucho más importante que las victorias y logros externos.

Es frecuente ministros que a ojos de sus hermanos gozan de elevado prestigio y al mismo tiempo viven con un sentimiento de insatisfacción e inquietud por serios problemas no resueltos y de los mucho acumulados.

Uno de los muchos consejos de Pablo a su amigo y discípulo Timoteo fue: "ten cuidado de ti mismo." En otras palabras: vigila estrechamente tus acciones y pensamientos... (1 Timoteo 4: 16). Esto, porque aunque el servidor de Dios se ocupa de actividades sagradas, no lo exonera de las múltiples tentaciones y anzuelos cotidianos; pues como cualquier otro descendiente de Adán y Eva, está expuesto a las debilidades comunes de todos los seres humanos: egoísmo, vanidad, ambiciones mundanas, problemas sexuales, enemistades, resentimientos, sentimientos profundos, dudas, crisis de fe, iras, desconsuelos, etc. La diferencia con sus demás hermanos de la fe es que, sus flaquezas adquirirán mayor resonancia y molestia. ¿Qué pensarían sus hermanos discípulos sí conocieran la interioridad más recóndita de su ser?

De la solución permanente de tales problemas puede depender el laurel o frustración del trabajo encomendado.

A. Soledad.

De los servidores de la Iglesia, especialmente el pastor, se encuentra en el dilema de no poder tener amigos íntimos, al menos entre sus hermanos de congregación. Todo contacto de amistad especial con algunos, otros lo interpretan como favoritismo, roscas, tilda de discriminatoria, etc., y ello originará malestar y mal entendidos con los restantes miembros. Por tanto, no en pocos casos, tiene que vivirse la soledad como parte de las exigencias ministeriales.

Esta situación, aunque tiene aspectos positivos, puede exponer a la depresión y agravamiento de otros de problemas.

Un siervo de Cristo, en numerosos momentos, tendrá que vivir horas de angustia y tensión; el mismo Señor las soportó durante su trabajo terrenal a pesar de la compañía de sus discípulos.

Lo anterior no significa que ha de aislarse de los demás. La misantropía o el aborrecer relacionarse con semejantes, es incompatible con el servicio cristiano. Significa solamente que, en medio del pueblo al cual sirve, con el que avanza, a menudo a de estar solo para un correcto equilibrio que evite cualquier comentario perjudicial. Esto en vez de perjudicar, sí se tiene el temple y madurez, ayudará a acercarse más Dios (Éxodo 3: 14). La sensación de soledad perderá su ímpetu cuando el siervo puede decir como lo hizo el Señor: "no estoy solo, porque el padre está conmigo..." (Juan 16: 32).

B. Tensión familiar.

El hogar puede ser fuente de estímulo o campo de dura prueba. En el seno de la familia se podrá encontrar bálsamo que cure o alivie las heridas; pero también se puede atravesar complicaciones y hondas preocupaciones que extenúan espiritualmente.

Es de vital importancia que la mujer o futura mujer de un obrero realmente sea una "ayuda idónea." Una equivocación al tomar esposa, hará brechas o heridas que extenuarán y podrían llevar a la claudicación del ministerio recibido. La mujer debe identificarse con el llamamiento, con el trabajo, las responsabilidades del obrero y compartirlo en la medida de sus dones y posibilidades. La mujer de un servidor de Dios se casa también con lo que Dios lo ha puesto hacer, de lo contrario, en vez de idoneidad y ejemplo, se convierte en una rémora (opuesta y obstaculizadora de los objetivos), por encima de toda esta identificación espiritual y la armonía del hogar.

Especial identificación merece el cumplimiento de los deberes domésticos. El varón jamás debe vivir en "la cumbre" y no saber ni entender sobre las preocupaciones, de las compras, de la limpieza, de los arreglos de la vivienda, o de los mil y un pequeños problemas que se presentan en el cuidado y formación de los hijos, conducción y administración de la casa.

La relación familiar: marido, esposa e hijos, es más que importante. Una buena conducta es testimonio elocuente de piadosa influencia. Y al contrario, una contumacia, una despreocupación, una indiferencia o falta de acuerdo en los diferentes asuntos de familia, poco honrará lo espiritual, al cabeza de familia, a la obra que tiene a su cargo; será el reflejo de su gobierno y creará conflictos que a la postre le descalificarán del ministerio que se ocupa.

Así que, los hijos y todos los de la casa deben ser el primer objetivo evangelístico serio, es decir a fondo, esto es, no solo el relatar historietas de las Sagradas Escrituras, o instarlos a memorizar versículos, o conocimientos teóricos a

modo de catequesis, sino que es cuestión de presentar vívidamente lo que Ellas enseñan en lo práctico y todos los problemas personales.

Todo debe hacerse con amor, tacto y exhortación de amigos sinceros; respetando profundamente la personalidad de cada componente de la familia, sin coacción o violentar impropiamente el ejercicio de la libertad y de la responsabilidad pero, sin llegar a la tolerancia perniciosa. A la vez ha de haber paciencia, mesura, meditación y prudencia en los puntos de vista y posturas de divergencia. Los sermones y reprensiones melodramáticas deben ser abolidos por la oración y las reglas de juego claras, que son plenamente efectivos.

El obrero de Dios, o consigue un hogar estable, armónico, de bienestar, de unidad, de ejemplo, de apoyo, consecuente con las enseñanzas de las Sagradas Escrituras, o corre el riesgo que se desmorone y como consecuencia la obra a que ha sido llamado.

Josué, habría tropezado en la realización de la misión que Dios le encomendó si no hubiera decidido: "yo y mi casa serviremos a Jehová" (Josué 24: 15). Si hay experiencias tristes, contradictorias, negativas y divergentes con la esposa e hijos y los que en la casa viven, es necesario examinarse seriamente a sí mismo.

Si el examen arroja resultado desfavorable a causa de su propia actuación, conviene corregir sin dilación y pérdida de tiempo. Seguro que, lejos de empequeñecerse viene la gloria del que sabe decir: ¡perdón, me he equivocado! He decidido, he actuado y he obrado mal. ¡Vamos a corregir!

C. Dificultades en la obra.

Un dirigente tiene actividad dura y compleja. Tal hecho aún es mayor en la obra cristiana. En este se cosechan decepciones, deslealtades, críticas destructivas y ponzoñosas, incomprensiones, zancadillas carnales, ataques de toda índole, querellas constantes contra la debilidad humana, indiferencia, error y mucha caídas en pecado. Es un conflicto que se desarrolla no solo de frente al mundo sino en las propias filas de la iglesia. Cabe recordar que Pablo termina la enumeración de sus sufrimientos diciendo: "y aparte de otras cosas, mi responsabilidad diaria, la preocupación por todas las iglesias ¿quién desfallece sin que desfallezca yo? ¿Quién sufre escándalo y no me he compadecido de él? Si alguien falla, sufro si no puedo ayudarle; si alguien tropieza por culpa de otro, sufro si no me he indignado contra el que lo hizo tropezar" (2 Corintios 11: 28-29).

D. La rutina e insensibilidad espiritual.

La continuación en el ministerio puede producir, a la larga, un grave mal: gradualmente caer en el automatismo y rutina; ejecutar los trabajos varios con regularidad y diligencia, pero de modo más que mecánico, sin entusiasmo. El brío se va extinguiendo, los contactos personales resultan menos cálidos; la capacidad de gozar y sufrir va disminuyendo.

Se puede alegar que ello es normal, que es el resultado del proceso biológico irreversible. Pero no podemos perder de vista que el creyente se mueve en plano sobre natural en lo tocante a las facultades espirituales. De esto, Pablo no deja dudas: "aunque nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior, sin embargo, se renueva de día en día" (2 Corintios 4: 16). En efecto, habrá cambios exteriores, pero la esencia de la fe, del celo, de la sensibilidad espiritual, la devoción a Cristo, de las ideas y visiones, no solo se mantendrá sino que aumentarán en caudal, calidad, profundidad y deseos de ejecución. Bien exhorta la Escritura a que cada día se redima el tiempo.

E. El éxito.

Sobran las pruebas para precisar que el éxito llega a tener efectos funestos y tristes. No hay terreno más jabonoso que el de las glorias y logros que consiguen aplausos. Amargamente así lo pretendió el rey Usías: después de su apabullante éxito, "se ensoberbeció y se corrompió... ofreciendo personalmente incienso sobre el altar" (2 Crónicas cap. 26).

Cuando la obra de un obrero del Altísimo prospera, cuando se le reconoce, cuando se le elogia y se le exalta, cuando se aplauden sus dones, cuando se posa la aureola del prestigio sobre su cabeza, al tope debe evitar que, mientras procura destruir ídolos externos, o viejos vicios ajenos, se coloque insensible consigo mismo y soberbio con los demás. Solamente su personal dependencia a la bondad de la gracia de Dios puede librarle de caer en la soberbia y en el engreimiento que son principios del fracaso.

¿Quién puede negar qué agradan los halagos? Henry Martín declaró: "los hombres frecuentemente me admiran, y eso place; pero aborrezco el placer que siento".

Todo triunfo en la obra de Dios es una manifestación de la gracia divina que actúa en el creyente-obrero (1 Corintios 15: 10); por tanto, no con aplausos, o gritos, o similares, sino desde lo profundo del ser, la gloria ha de ser para Él. ¡Soli deo gloria!, la asimilación de esto es lo único que puede librar de la trampa del éxito.

F. El fracaso.

Esta experiencia es tanta o más frecuente que la del éxito. Pocos son los que no sufren bajo la sensación de no haber alcanzado las metas propuestas. Muchas veces los resultados no corresponden ni a las aspiraciones ni al esfuerzo. Se ve con dolor cómo la obra no crece, los creyentes se enfrían, se multiplican los problemas, la congregación parece indiferente a la enseñanza y predicación, falta espíritu de colaboración y abnegación; apenas se observa interés por llegar. Sí están estos hechos ¿no son para la mente humana evidencias de un ministerio fracasado? ¿Cuál es el camino en tal situación?

Ante todo, ¡para nada caer en la envidia al avistar el éxito de otros! Y tampoco en el decaimiento. Pero la circunstancia invita a la reflexión. Algunas veces los

resultados pobres o negativos pueden darse a defecto de los obreros: por su carácter, forma de predicación, su modo de relacionarse con los demás, su método de trabajo, y muchas otras cosas. Cuando tal hecho aconteciere, sondéese y se impone el reajuste inmediato.

Sin embargo, no siempre la ausencia de resultados positivos puede atribuirse a la ineficacia o a la infidelidad del obrero. Bastantes de las eximias figuras públicas de las Sagradas Escrituras no merecían ningún puesto de honor si su labor se valorara por el supuesto éxito de sus resultados. Moisés, Elías, Jeremías y varios otros, a juzgar por el fruto visible de su labor, pertenecen al grupo de los grandes fracasados. En sus labios está esta amarga exclamación: "por demás he trabajado, en vano y sin provecho he consumido mis fuerzas" (Isaías 49: 4). La exclamación: ¿quién ha creído a nuestro anuncio? (Isaías 53: 1). No tiene el menor acento triunfalista.

Isaías en capítulo 53, anunció: "despreciado y desechado entre los hombres." Cuando en el cumplimiento del tiempo, el anuncio se hizo realidad, los hechos confirmaron lo predicho. A excepción de un reducidísimo grupo de discípulos, el resultado del ministerio terrenal y humano de Jesús fue su rechazamiento total de sus paisanos. Colgarlo fue el pago que le dieron a la vida abnegada y de servicio más sublime que ha conocido la humanidad. ¿Podría esperarse una frustración mayor?

Desde luego, evidente es que muchos aparentes fracasos son en los planes de Dios, semillas de las más grandes realizaciones. La terrible y dolorosa repulsión de que fue objeto Pablo entre sus compatriotas, le abrió la puerta para ser enviado a los no judíos. A través de muchas frustraciones, muchos han sido guiados por el Espíritu a emigrar de su campo de trabajo; cambio que ha llegado a constituirse en el principio de una nueva etapa más rica, fructífera y de gran servicio.

En ninguna manera ha de pensarse que la escasez de resultados es siempre abertura y señal que debe pensarse en otro lugar o forma de ministerio. Muchas veces se está probando nuestra capacidad de resistencia, de madurez alcanzada, de abnegación perseverante, de aprendizaje, de refinamiento espiritual, entre muchos otros aspectos. Hudson Adomiran, pionero de la obra cristiana en Birmania, trabajo sin descanso por siete años para poder "zambullir en agua" al primer convertido a Cristo.

Un obrero recién llamado a la obra del ministerio posee entusiasmo desbordante, piensa que él solo es capaz de conquistar al mundo entero para Cristo. En sus adentros se dice ¡puedo hacerlo todo! Al cabo de no muchos años, con las pruebas y abatido, exclama: "¡no puedo hacer nada!" Trascurrido el tiempo y con la experiencia abordo, declara: "creo que, con la ayuda de Dios podré hacer algo."

Los fracasos, las lágrimas y las caídas, sea cual sea la medida de nuestra responsabilidad, no deben de hundir en el desaliento al obrero; más bien han de

inducir a buscar la dirección y la gracia de aquel que en todo momento puede hacer nuevas las cosas.

José Jaime Sánchez F.
Calvary Chapel Tunja

BIBLIOGRAFIA BÁSICA

ERWIN, Gayle D. Cómo vivir al estilo de Jesús.1988.
MARTINEZ, José M. Ministros de Jesucristo. 1977.
SANDERS, J. Oswald. 1994. Liderazgo Espiritual. 1994.
SWINDOLL, Charles R. Desafío a Servir. 1983.
_____ Usted y su hijo. 1992.
_____ Pásame otro Ladrillo.1978.